

LIBROS ■

Soledad Ortega, a la altura de los tiempos

MARÍA LUISA MAILLARD: *Vida de Soledad Ortega*. Presentación de Antonio Garrigues Walker. Epílogo de Javier Zamora Bonilla, EILA editores, Madrid, 2012.

En 2011 vio la luz el último tomo de las nuevas *Obras Completas* de José Ortega y Gasset, publicadas en coedición por la editorial Taurus y la Fundación José Ortega y Gasset. Se trataba de la culminación de una magna empresa, comenzada en 2002, que pone al alcance de lectores y estudiosos orteguianos una edición especialmente rigurosa de la obra del autor de *La rebelión de las masas*, y donde se recogían por vez primera numerosos textos inéditos de gran relevancia. Esta iniciativa, junto a tantas otras, no habría sido posible sin Soledad Ortega, hija del filósofo madrileño, quien situó como eje de su fecunda vida, con enorme generosidad, la difusión, y puesta en merecido valor, de la figura y obra de su padre, sin duda el más importante pensador de la España del siglo XX, cuya influencia traspasa nuestras fronteras. Antes de morir el 19 de noviembre de 2007 en Madrid, Soledad Ortega tuvo la satisfacción de ver impresos los dos primeros volúmenes de esas nuevas *Obras Completas*, que ella denominaba «las completísimas».

La fructífera existencia de Soledad Ortega estaba pidiendo a gritos un acercamiento biográfico a una mujer que, si bien se dedicó con ahínco a preservar el legado de su padre, no fue solo «la hija de Ortega», logrando algo ciertamente difícil en el caso de los descendientes de grandes personajes, como es el de Ortega: construirse una personalidad propia, sin que la sombra de su progenitor impidiera u oscureciera su desarrollo personal, manteniendo a la vez la admiración hacia su padre. Esta tarea la aborda la filóloga, profesora y escritora María Luisa Maillard en la colección de biografías femeninas que auspicia la Asociación Matritense de Mujeres Universitarias, de la que es su actual presidenta. En dicha colección, entre otros títulos, se han publicado las biografías de María Zambrano, Virginia Woolf, María Moliner, Simone Weil, Margarita Salas y Louise Bourgeois.

María Luisa Maillard ha realizado un trabajo tan solvente como encomiable que recorre y explica las distintas etapas de la trayectoria de la biografiada —hija de José Ortega y Gasset y Rosa Spottorno Topete— desde su nacimiento en la capital de España el 2 de marzo de 1914, así como su carácter y obra, componiendo un retrato que nos ofrece un completo y cabal acercamiento a Soledad Ortega Spottorno. Paralelamente, como no podía ser de otra forma, oportunas pinceladas sobre la vida de Ortega y Gasset están también presentes, junto al trasfondo histórico, nacional e internacional, del momento, reflejando perfectamente el ambiente de la época. La autora se apoya en diversas fuentes primarias y secundarias —el volumen incluye un glosario y una bibliografía, además de abundante y representativo material gráfico—, entre las que destacan los propios libros y artículos de Soledad Ortega, a la vez que da cuenta de las conversaciones mantenidas tanto con sus hijos —fruto de su matrimonio con el arquitecto Santiago Varela—, como con algunos miembros de la Fundación José Ortega y Gasset (en la actualidad Fundación Ortega-Marañón, tras una fusión de los dos centros que ha supuesto un enriquecimiento mutuo), que colaboraron y apoyaron el proyecto desde el principio. Sobre todo, Maillard recogió valiosísimos datos y conocimiento en torno a la protagonista de su biografía en sus largas y continuas charlas con el catedrático de Historia contemporánea y hoy presidente de la Fundación Ortega-Marañón, José Varela Ortega, hijo primogénito de Soledad.

Recordemos una esencial reflexión orteguiana, que a veces se cita solo en su primera parte, con lo que queda cercenado su sentido: «Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo». Sin duda, Soledad Ortega es un claro y señero ejemplo de comprensión de la circunstancia, de ser muy consciente de ella, y de emprender una labor, con no poco de titánica, para «salvarla». Así lo expresaba la propia Soledad en un artículo escrito en *Letras de Deusto* en un número especial con motivo del primer centenario del nacimiento de Ortega: «Mi “circunstancia” contaba, entre tantas cosas que componen la de cada ser humano, con la herencia de un hombre, con todo lo que este significaba en nuestro país. Para “salvarla” —en el sentido en que mi padre lo entiende— tenía que cumplir una tarea: la de potenciar y difundir al máximo su obra, sus pensamientos, sus enseñanzas, al mismo tiempo que ponía a contribución el poder de convocatoria de ese nombre en pro de la cultura y la ciencia de nuestro país. Y así vine a crear la Fundación José Ortega y Gasset y reemprendí la publicación periódica de *Revista de Occidente*. Lástima que haya tenido que acometer tamañas empresas a la edad en que lo normal es pasar al retiro, pues la fuerza y la capacidad no son ya, a mis años, los de la juventud. Otra vez la ‘circunstancia’ que impone sus condicionamientos».

La puesta en marcha de la Fundación José Ortega y Gasset fue la más decisiva y nada fácil empresa de la hija del filósofo, en la que, supliendo la escasez de recursos y medios con inteligencia, esfuerzo y tenacidad, logró unos resultados espectaculares hasta ser hoy no ya únicamente el buque insignia del legado orteguiano —que custodia su Archivo y Biblioteca—, sino uno de los centros de docencia, investigación y debate intelectual en el terreno de las Humanidades y las Ciencias Sociales más prestigiosos y dinámicos de nuestro país, que cuenta también, en un proceso de expansión, con sedes en Argentina, Colombia, México y Perú, uniendo de esta forma a su vocación europeísta —mediante acuerdos y convenios con numerosas instituciones del Viejo Continente— su proyección iberoamericana, dos ámbitos en los que ya se movió su titular. La Fundación no comenzó su andadura hasta 1978, con el aval económico inicial del Banco Urquijo, el decidido apoyo al proyecto por parte del hijo de Soledad, José Varela Ortega, y la conjunción de varias voluntades, aspecto en el que la

capacidad ilusionante y de gestión de Soledad Ortega era proverbial. Pero desde el fallecimiento de Ortega, acaecido el 18 de octubre de 1955, la Fundación estaba prefigurada en el ánimo de su hija, quien, a partir de ese mismo instante, sienta la base imprescindible para su creación: «A raíz de la muerte de mi padre —señala Soledad en una conferencia dictada en 1975— empecé a tratar de organizar el archivo de sus papeles —alguna vez he hablado en público de su desorden material, en contraposición a la clara ordenación de su mente— en una labor apasionante y dolorosa al mismo tiempo». Sin ese perseverante y callado quehacer primigenio, que, en buena medida, comienza mucho antes —confiesa Soledad que ya a los diecisiete años se ocupaba de los «papeles» de su padre—, nada de lo posterior habría sido posible.

Como tampoco habría sido factible la recuperación de *Revista de Occidente* sin el empeño de Soledad. Fundada en 1923 por Ortega y Gasset, es una de las publicaciones insoslayables en la historia intelectual española. Después de una primera etapa hasta 1936, en 1963 reanuda su publicación el hijo de Ortega, José Ortega Spottorno, con la ayuda de Fernando Vela, secretario de la *Revista* en tiempos de su fundador y fiel colaborador del filósofo. Y allí está Soledad sin escatimar esfuerzos en ese primer resurgimiento, al que seguirán otros hasta su cuarto y definitivo en 1980 —de la mano de Soledad Ortega, y auspiciado por la recién creada Fundación—, y cuya andadura continúa en nuestros días. Y, junto a esto, una descollante labor de editora. En Ediciones El Arquero, que nace como cauce editorial de la Fundación, se publican, entre otros títulos, dos epistolarios de enorme trascendencia: el de Ortega-Unamuno, en edición de Laureano Robles, y con introducción de Soledad Ortega, y las *Cartas de un joven español* (1891-1908), a cargo de la propia Soledad, que, aparecido en 1991, recoge misivas inéditas de Ortega a sus padres, a su novia y a algunos autores de su tiempo, y que resultan fundamentales como semilla de su futuro pensamiento. El género epistolar atrae especialmente a Soledad, que, ya antes, en 1964, había dado a la imprenta una edición del epistolario de Galdós, en cuyo prólogo certifica: «Una carta puede ser como el mantenimiento de una ilusión: que nuestra vida fluya menos aprisa mientras conversamos y la amistad le presta nuevos valores».

Por otro lado, un momento esencial en la dedicación de Soledad a la figura de su padre es el año de 1983, primer centenario del nacimiento de Ortega. Con esta conmemoración se pretende que la figura del filósofo recobre su dimensión pública, pues en la postguerra fue sometido al más absoluto ninguneo institucional, impidiéndosele, entre otras humillaciones, la recuperación de su cátedra. Ortega, en este sentido, fue víctima del radicalismo y extremismo de las dos posiciones que final y fatalmente se enfrentaron como contendientes en la guerra fratricida de 1936, ahogando a la Tercera España. Resulta paradigmático lo que apunta María Luisa Maillard en su biografía: «La verdad, dirá Soledad en algún momento, es que nos sentíamos exiliados de los dos bandos. Cuando alguno de los huidos de la persecución republicana o nacional, como las hermanas Martínez Sierra, llegaba a París e intentaba subrayar ante Ortega el mayor encarnizamiento ya de la zona republicana, ya de la nacional, Ortega respondía: 'Si la diferencia está en las matemáticas, me parece que no me va a interesar'».

El aniversario de 1983 supone un punto de inflexión en la consideración pública de Ortega. La Fundación en general, y Soledad en particular, se vuelcan en el evento. Se programa un ambicioso ciclo de conferencias, aparece un número especial de *Revista de Occidente*, se reeditan las *Obras Completas* de Ortega, y se organiza la soberbia exposición «Ortega y su tiempo», comisariada por Juan Pablo Fusi, y en colaboración con el Ministerio de Cultura. Y Soledad, además de trabajar incansablemente en la conmemoración, publica un libro clave en la bibliografía orteguiana: *Imágenes de una vida*. En este volumen de gran formato, el más destacado en la actividad de Soledad como escritora, y donde queda patente su preciso y elegante estilo, se nos sumerge brillantemente en el itinerario vital e intelectual del pensador a través de fotografías comentadas, y se entremezcla datos biográficos con recuerdos personales. El aniversario traspasó nuestras fronteras y fuera de España se celebraron varios actos conmemorativos. Entre otros, en la Biblioteca del Congreso de Washington, institución que, por cierto, había ofrecido un millón de dólares por el Archivo y la Biblioteca de Ortega, oferta que su familia rechazó, apostando porque los documentos permanecieran en España. Así, el éxito de la conmemoración del nacimiento de Ortega brinda buena cuenta de

que la dedicación de Soledad al legado de su padre no había sido baldía. Aunque, naturalmente, quedaba mucho por hacer y ni la Fundación ni Soledad se duermen en los laureles. Hoy, la Fundación Ortega-Marañón sigue adelante en su misión, siempre con el sentido y perenne recuerdo de su creadora.

La entrega de Soledad a preservar la herencia intelectual de su padre estuvo acompañada de su deseo de contribuir a elevar el nivel cultural de sus compatriotas —la propia Fundación es un activo escenario de debate y difusión de la cultura—, y a restablecer el intercambio de ideas entre España, Europa e Iberoamérica. Alumna del Instituto Internacional y del Instituto Escuela —inspirado en los principios de la Institución Libre de Enseñanza—, se licencia en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, comienza a ejercer como profesora y, en unión de su hermano José y de algunos amigos como Julián Marías, funda la Academia para los Estudios Preuniversitarios Aula Nueva, que le serviría posteriormente a su padre como base del Instituto de Humanidades, creado en 1948, intento orteguiano de tener presencia en la vida española ante el ostracismo oficial hacia su persona.

Especialmente destacable es la participación de Soledad en la refundación de la Asociación Española de Mujeres Universitarias (AEMU), que manifiesta con claridad su preocupación para que las mujeres ocupen en la sociedad el lugar que merecen, punto en el que estaba en desacuerdo con la teoría orteguiana sobre la mujer, y así se lo expresó a su padre en múltiples ocasiones. Antes de la guerra, la AEMU había tenido considerable influencia, presidida por María de Maeztu y Clara Campoamor. Soledad Ortega colabora estrechamente con la AEMU, la preside entre los años de 1966 a 1970, y sigue vinculada a ella hasta su clausura en 1990. Al frente de esta institución, organiza diversas actividades como sugerentes ciclos de conferencias, en los que se da voz a profesores represaliados por el franquismo. Y ello sorteando enormes dificultades, no solo por parte de las autoridades —en algún momento Soledad es incluso interrogada en la DGS—, sino por el ambiente predominante en la sociedad, no precisamente proclive al avance femenino. María Luisa Maillard recoge un hecho no por anecdótico menos significativo: en una de las conferencias celebradas en la AEMU en el curso 68-69, alguien

del público suelta unos cuantos ratoncitos blancos: «Se trataba –comenta Maillard– de ridiculizar a las mujeres universitarias subidas a sus sillas y dando grititos de histeria, imagen típica y desfasada de los chascarrillos y chistes de la época. Nada de eso sucedió y la conferencia finalizó con la normalidad que la tensa situación podía procurar».

La biografía de Soledad Ortega nos muestra a una mujer excepcional que ahora se conocerá más gracias a este espléndido y oportuno trabajo de María Luisa Maillard. Porque Soledad, y ahí reside una de sus mayores cualidades, no necesitó de protagonismos ni buscó ningún foco que la estuviera continuamente alumbrando para presumir de sus logros, que fueron muchos. Muy al contrario, su biógrafa señala su tesón, prudencia, discreción y modestia, reconocidos por cuantos trabajaron con ella, y recuerda cómo acertadamente la caracterizó Pedro Sainz Rodríguez: «Soledad Ortega tiene una personalidad *sui generis* que es de las que yo más admiro. Las personas que no gustan de exhibirse y que prefieren ser eficaces». La eficacia fue sin duda una constante en la trayectoria de Soledad Ortega, desarrollada en una labor imprescindible que no requirió de alharacas. Soledad podría haber elegido otra vida, más cómoda, o vertida en intereses más estrictamente personales –era una magnífica profesora y conferenciante y sus libros y artículos destilan un gran estilo–, pero prefirió asumir su circunstancia en un acto de generosidad pero también de inteligencia: lleva razón Ortega al advertir de que si no salvamos a nuestra circunstancia tampoco nosotros nos salvamos. Soledad Ortega fue fiel a su padre, pero, sobre todo, fiel a sí misma, salvando su circunstancia. Y estuvo, con tanta discreción como elegancia, a la altura de los tiempos. —CARMEN R. SANTOS.